

LA CONQUISTA DE LAS MALVINAS POR BOUGAINVILLE Y SU ROCAMBOLESCO BAUTIZO DEL ECUADOR

Juan B. OLAECHEA LABAYEN
Cuerpo Facultativo de Archiveros y Bibliotecarios

En el mismo límite de los comienzos de la Edad Moderna, la línea del Ecuador fue atravesada por numerosas expediciones navales que, llevadas a cabo principalmente por navegantes portugueses y españoles, enfilaron sus proas por el océano Atlántico. Pero el primero que atraviesa la línea equinoccial y señala el espectacular cambio de la visión del firmamento austral fue, en 1497, Vasco de Gama, cuya hazaña cantó con primores poéticos Luis de Camões o Camõens, en nuestro uso vulgar. El célebre descubridor lusitano no pudo percatarse todavía de la exacta función de fijar rumbo que, equivalente a la ejercida por la Estrella Polar en el hemisferio septentrional, desempeñaría en adelante en el austral la brillante Constelación Polar del Sur, cuya exacta forma de alargada cruz, configurada con cinco estrellas y otra pequeña en el costado derecho, como una evocación de la lanzada asestada a Cristo en su agonía, provocaría sentimientos de admiración y piedad.

Vasco de Gama y Camõens

El acontecimiento del primer paso del Ecuador refrendado por la Historia, que realizó Vasco de Gama, no habría alcanzado tanta celebridad de no haber figurado en la obra épica *Os Lusíadas*, cuyo argumento central consistía en el sensacional periplo que el audaz y afortunado navegante portugués cumplió durante el reinado de Don Manuel el Afortunado, entre los años 1497 y 1499, con el que logró abrir a los europeos la ruta marítima hasta la India, de tanta trascendencia futura para la historia de la humanidad.

En medio de su alto valor poético, la obra de este inspirado vate de remoto origen gallego describe el viaje y los sucesos a él anejos con notable realismo, aunque salpicando la narración con numerosas alusiones e invocaciones mitológicas. No en vano, el llamado Homero portugués, como todo lusitano que se preciase y dada su condición de ex soldado, conocía personalmente dicha ruta y navegación en virtud de sus prolongados viajes por las aguas y costas del océano Atlántico y del Pacífico.

El enorme interés con que se seguía en el Renacimiento todo lo pertinente a los descubrimientos geográficos y científicos, explica la amplia difusión que

alcanzó por todos los países europeos el poema épico de Camões, publicado en 1572. España, volcada al mar y organizadora de numerosas empresas descubridoras es el país fuera de Portugal en el que la celebrada obra alcanzó mayor y más rápida difusión, pues, aparte de la facilidad del lector español para la comprensión de la lengua hermana, en el mismo siglo XVI se hicieron de ella tres traducciones: dos vieron la luz en 1580, ocho años después de la publicación del original portugués, en sendas ediciones en Salamanca y Alcalá, y la tercera se publicó en Madrid en 1591. En años sucesivos *Os Lusíadas* fue traducido a las lenguas más importantes de Europa, de suerte que la hazaña de Vasco de Gama se hizo accesible a todo el mundo y subsidiariamente encendió el pálpito evocador del paso del Ecuador.

El paso del Ecuador en Camões y en la leyenda

Los críticos suelen destacar en la narración de Camões la belleza de algunos pasajes, como la aparición mitológica de Adamastor, una especie de gigantesco espectro parlante que personificaba al cabo de las Tormentas, el cual tronaba y rugía enfrentándose a las tres naves de la expedición disuadiéndolas con tremendas amenazas de continuar adelante. El episodio del cruce de la línea del Ecuador, aunque menos cargado de espectacularidad, hizo mayor mella en la mente y ensoñación de los navegantes de la época; y, así, su logro se convirtió en acontecimiento merecedor de celebración y jolgorio y en una suerte de iniciación que otorgaba al navegante que lo conseguía patente de veteranía y madurez en el oficio, pues se consideraba que sin ese requisito nadie podía presumir de ser un buen marino.

Lo expuesto en el párrafo precedente viene corroborando por el abad Pernetty, relator *de visu* del sensacional paso del Ecuador que se describirá posteriormente. Las afirmaciones de este religioso son válidas no sólo para su época, sino también en buena parte para la tradición marinera futura. Cuenta el citado abad que la celebración de la travesía de la línea equinoccial o bautizo del paso del Ecuador era una costumbre generalizada practicada en buques de toda procedencia, pues constituía un hito inasequible, salvo para pocas personas. Sin embargo, la parafernalia de dicha ceremonia envolvía, sobre un fondo ritual común, algunos matices peculiares debidos, no sólo a la tradición particular de cada país o incluso de cada puerto, sino a la capacidad de improvisación e imaginación de las tripulaciones y pasajeros en cada trance.

Pero, yendo a la fuente original de la tradición, recordemos los versos con los que el poeta portugués rememora el instante en el que, tras pasar por primera vez la línea ardiente que señala el medio del mundo, dejan atrás el polo de Calisto y tienen ante sí en el Nuevo Hemisferio una estrella «no vista de otra gente»:

*En este largo mar pierde mi gente
El conocido polo de Calisto;
La línea ardiente habiendo ya pasado,
Donde el medio del mundo es señalado.*

*Entonces ya teníamos delante
En el nuevo Hemisferio nueva estrella
No vista de otra gente, que ignorante
Muchos años estuvo incierta de ella...(1).*

Un monje aventurero

Las galas poéticas y alusiones mitológicas no están tan presentes en el relato de la celebración del paso del Ecuador del abad Pernetty. En ésta, la imaginación no reside en la expresión, sino en la acción misma, la cual se desenvuelve en forma de pantomima, más propia de una saturnal que de una ceremonia sacra en la que, en cierto modo, se inspira. Una observación destacable en este episodio es la aquiescencia de la noble personalidad del jefe de la expedición, el célebre navegante y encumbrado militar Louis-Antoine de Bougainville, que se aviene a desempeñar un papel caricaturesco impulsado seguramente por la intención de contribuir a romper el tedio de la larga navegación en su ruta para tomar posesión de las islas Malvinas —en realidad, para conquistarlas— en 1763.

La descripción de la ceremonia corresponde a un capítulo de un libro antiguo en dos tomos, escrito por el monje dom Pernetty, abad de Burgel, miembro de la Academia Real de Prusia y bibliotecario del rey de esta nación germánica. Dicho abad fue uno de los pasajeros de esta expedición, cuyo periplo duró dos años y que estaba compuesta por la fragata *L'Aigle*, de 20 cañones y con 100 hombres a bordo entre la dotación y los pasajeros, y la corbeta *Le Sphinx*, de ocho cañones y 40 tripulantes. Ambas naves habían sido cons-truidas en el puerto bretón de Saint-Malo (2).

El relato —escrito en un francés todavía denominado *françois*, menos evolucionado que el español de la época en lo que se refiere a la proximidad con el lenguaje actual— presenta en la intención confesada del autor una vertiente histórica de interés general en aquellos años que corrían en pleno

(1) CAMÔENS, Luis de: *Los Lusíadas* (trad. de Lamberto Gil). Biblioteca Clásica, Madrid, 1887. El pasaje reproducido corresponde al canto V, octavas 13 y 14. La alusión a Calisto, según las notas de la edición, se refiere a la moza que Júpiter dejó preñada de Arcas. Juno, celoso, la convirtió en osa, y Arcas, como cazador y sin saber que era su madre, la mató. Una y otro se convirtieron en constelaciones, pero castigadas por Juno a no bañarse nunca en el mar, a diferencia del Sol y otras estrellas.

(2) PERNETTY, Dom: *Histoire d'un voyage aux Isles Malouines, fait en 1763 et 1764; avec des observations sur le détroit de Magellan, et sur les Patagons. Nouvelle édition*, 2 t. París, 1770, t. 1, pp. 107-124.

corazón del siglo de la Ilustración, o *des Lumières* en expresión gala, ansiosa de conocer los secretos del universo. La otra vertiente es más técnica o náutica, orientada a los navegantes y hombres de mar. En realidad, ambas intenciones convergen en un interés histórico general, dadas sus circunstancias y propósitos de conquista de una región entrañable, como las islas Malvinas, y habida cuenta la recia personalidad del protagonista.

Antes de presentar la traducción propia del relato de dicho suceso, parece conveniente hacer un excursus para dar una sucinta noticia biográfica del jefe de la expedición armada y comentar los motivos de ésta, incluyendo la situación histórica en la que en aquellos momentos se hallaba el objetivo de la misma: el archipiélago de las Malvinas en nuestra versión, de las Malouines en la francesa o de las Falkland en la visión y en la realidad actual británica.

Un ardiente patriota francés: Bougainville

El nombre de bougainville o bougainvillea, familiar a los botánicos como un género de enredadera leñosa que comprende unas doce especies de distinto origen de América del Sur, y el de cierta especie de medusa, del grupo de los celentéreos, avalan las aportaciones científicas del célebre personaje. También lo es a los geógrafos por la denominación de la isla más extensa de la cadena de las islas Salomón, Papúa-Nueva Guinea, en el sureste del Pacífico, y por la del estrecho que lleva su nombre entre esta isla y las de Choisel, descubiertas y nominadas por Bougainville en 1768 en su descripción de Oceanía.

Nacido en París en 1729 en el seno de una familia de la alta burguesía, ingresó en el ejército a los veinticuatro años después de recibir una formación científica y matemática que posteriormente le facilitaría su admisión en la Royal Society de Londres y en la Academia de Ciencias. Su bautismo de fuego, si vale la expresión, lo recibió en Canadá —en la llamada guerra de los franceses e indios, aliados contra las fuerzas británicas—, adonde fue enviado como capitán de dragones y en calidad de ayudante de campo del general Montcalm.

Dicha guerra se encuadraba dentro del frente colonial que, junto con el continental, conformaba el amplio escenario de la llamada guerra de los Siete Años (1756-1763), que inicialmente enfrentaba a Francia e Inglaterra. Mas pronto se coligaron en uno u otro bando casi todos los países europeos, desde Suecia y Rusia hasta Austria (enfrentada a Prusia) y Portugal. Una de las características de esta guerra, que en el proyecto actual de la Unión Europea resulta absurda, fue lo que se llamó la «reversión de las alianzas»; es decir, en lenguaje vulgar el «cambio de chaqueta».

En el escenario bélico canadiense la suerte se inclinó generalmente del bando inglés, incluyendo una batalla memorable, cuerpo a cuerpo, sobre el río San Lorenzo, en la que se enfrentaron, al mando de sus respectivas fuerzas, Luis Antonio de Bougainville y James Cook, futuros autores de sendos mapas del conjunto de Oceanía. En 1759 Bougainville realizó un viaje a la Corte francesa en demanda de ayuda, pero volvió con el sentimiento de que no había

otra alternativa que retrasar lo más posible la pérdida de la rica colonia, sentimiento que no amenguó su ascenso a coronel ese mismo año, conmutado luego por el de capitán de navío, que le permitió luego el ascenso a almirante.

España, Menorca y Gibraltar

España inicialmente se mantuvo neutral en la guerra de los Siete Años, a pesar de las fuertes presiones de Francia, cuyas fuerzas lograron apoderarse de Menorca, en poder de los ingleses desde la Paz de Utrecht. En el escenario balear la escuadra francesa derrotó a la del almirante John Byng, quien se refugió en Gibraltar. Esta derrota inicial hirió el orgullo inglés, cuya superioridad naval estaba entonces en la proporción de uno a tres (120 buques en servicio y otros 120 en construcción, por 40 de la escuadra francesa), y se formó proceso al almirante, que fue fusilado a bordo de un navío atracado en Portsmouth.

La conquista de Menorca fue un señuelo para que España rompiera la neutralidad, pero el pacifista Fernando VI no accedió a ello. La derrota inglesa supuso, a su vez, el encumbramiento a primer ministro del eficaz político William Pitt, quien formuló, a través de su embajador en Madrid, la promesa de devolver Gibraltar siempre que la marina y el ejército españoles ayudaran a los ingleses a reconquistar Menorca. La cínica propuesta, cuando la Marina inglesa ofendía el pabellón español en todos los mares, causó indignación en la Corte de Madrid, incluso entre los ministros más probritánicos, como Ricardo Wall.

Pero, finalmente, por los compromisos del Pacto de Familia de 1761 Carlos III tuvo que entrar en la contienda y atacó Portugal con resultado poco brillante. Los ingleses, por su parte, se apoderaron de La Habana y de Manila. Pero mucho más decisivo fue el hecho de que arrebataran a los franceses la rica colonia de Quebec, cuya conquista, seguida pronto por la de Montreal, ponía en manos británicas todo el Canadá (3).

La Paz de París puso fin al conflicto (1763), y en virtud de ella los británicos obtuvieron el Canadá —a costa de Francia— y la Florida —a costa de España—. Para vencer la resistencia de Carlos III a entregar la Florida, en compensación Francia tuvo que ceder a España la Luisiana, de menor valor estratégico que la península arrebatada, pero susceptible de oponer un frente al avance inglés hacia el virreinato mexicano. La Habana y Manila volvieron a la Corona española, pero no así Menorca, que pasó otra vez a manos inglesas. España tuvo que reintegrar a Portugal la colonia del Sacramento, arrebatada en esta guerra. La Paz de París proclamó la victoria militar británica, pero en un sentido relativo en cuanto a las consecuencias, pues unos años después se presentaría a Francia, la más perjudicada, y también a España, una ocasión de revancha con motivo de la Revolución norteameri-

(3) Una obra básica acerca de esta guerra se debe a WADDINGTON, R.: *La Guerre des Sept Ans*, 4 t. París, 1896-1908. Sobre el compromiso y participación española en el conflicto, véase PALACIO ATARD, Vicente: *El Tercer Pacto de Familia*, Madrid, 1946.

cana. Pero todo eso llegó tras la aventura de las Malvinas y después de la vuelta al mundo que dio el navegante francés (diciembre de 1766-marzo de 1769), fructífera travesía que en buena parte se costeó, como se dirá más abajo, con dinero español; pero su desarrollo queda fuera del alcance de este trabajo (4).

Objetivo: las Malvinas

El regreso de una guerra frustrante no extinguió los profundos sentimientos patrióticos de Bougainville, sino que, por el contrario, estimuló su interés por compensar a su país de las pérdidas sufridas. La expansión colonial francesa ya no era viable en el continente americano, en el que sólo se le otorgaba el derecho de pesca del bacalao en las costas de Terranova, con base en la isla de San Pedro y en la de Miquelón. En las Antillas Francia mantenía también bajo su dominio algunas islas. Por lo demás, a mediados del siglo XVIII todos los países europeos sentían la necesidad de buscar nuevas tierras para cobijar a la población sobrante generada por el intenso crecimiento demográfico. Este mismo pretexto se esgrimió para justificar la expansión colonial del siglo XIX y las guerras del siglo XX. Y ahora ocurre que la mayoría de esos países albergan el doble o triple de población, pero viven mucho más ricamente, a pesar de la descolonización. Con Francia se daba la agravante de que tenía que buscar cobijo para los repatriados del Canadá, a los que llamaban «acadianos» por el nombre francés de la actual península de Nueva Escocia, en el golfo de San Lorenzo. El prestigio del país quedaba también menguado al carecer de pabellones en mares lejanos.

De momento, para una expansión ultramarina, Bougainville pensó en las islas que llamaban Malouines, inspirado en el hecho de las incursiones pesqueras de los balleneros que salían del puerto de Saint-Malo, con cuyo gentilicio secularizado las habían bautizado. Estas islas fueron descubiertas ya en 1520 por una nave española, y por su estratégica situación, desde la que se domina el estrecho de Magallanes, tuvieron que ser avistadas e incluso visitadas más de una vez por marinos españoles en las frecuentes navegaciones realizadas por aquellos lugares; de hecho, España las consideraba tradicionalmente incluidas dentro de sus dominios de América, aunque faltase un registro con un nombre propio (5).

Más tarde, desde fines del siglo XVI, las Malvinas comenzaron a ser visitadas por los navegantes ingleses y holandeses, e incluso belgas, que hacían la ruta de las Molucas, los cuales les dieron diversos nombres efímeros. En 1690

(4) Véase MARTÍN-ALLANIC, J. E.: *Bougainville navigateur et les découverts de son temp*, 2 t. P.U.F., París, 1964. El dato del rescate económico español de las Malvinas, que sirvió para financiar la expedición francesa de la vuelta al mundo, está tomado del artículo biográfico de nuestro personaje, publicado por U. Prevost y Roman d'Amat en *Dictionnaire de Biographie Française*. París, 1954, t. VI, pp. 1287-8.

(5) LAGUARDA FRÍAS, Rolando: *Nave española descubre las Islas Malvinas en 1520*. Edición del propio autor, Montevideo, 1933.

el capitán John Strong exploró minuciosamente el archipiélago y se cercioró de que las dos islas principales estaban separadas por un estrecho, al que llamó de Falkland en honor de su protector, lord Falkland, cuyo nombre se extendió luego a todo el grupo, formado por las dos islas principales y varias menores.

Conquista francesa y rescate de España

Bougainville organizó a sus propias expensas y con ayuda de los armadores de Saint-Malo la expedición francesa de conquista de las Malvinas —adonde llegó en 1764—, al este de las cuales dejó fundada una colonia. El gobierno español, en ejercicio de sus derechos, protestó contra esta ocupación y obtuvo de Luis XV (1 de abril de 1767) la orden de devolución, pero recibiendo de la corona española una indemnización de 603.000 libras que se destinaron a organizar el viaje francés de circunnavegación en busca de nuevas tierras de expansión. El mismo fundador francés de la colonia fue invitado a organizar la devolución tras su conquista, para lo cual concertó un encuentro en el Río de la Plata con el capitán de fragata español Felipe Ruiz Puente, que con las fragatas *Esperanza* y *Liebre* había de hacerse cargo de la colonia.

Entretanto, el comodoro inglés Byron había establecido en la isla occidental la colonia de Port Egmont, con la intención de lograr, al amparo de este hecho consumado, el dominio de todo el archipiélago. Así lo comunicaron al destacamento español al que Bougainville había hecho recientemente entrega de la plaza, y lo intimaron a abandonarla.

Al saberse esto en Madrid, se dieron las instrucciones oportunas al capitán general de Buenos Aires, don Francisco de Bucareli, para que mandara un contingente de tropas que desalojase a los invasores. La orden fue ejecutada por una expedición naval mandada por Madariaga el 10 de junio de 1770. Pero la acción española provocó una fuerte tensión entre las Cortes de Madrid y Londres que puso a ambas naciones al borde de la guerra y sembró la división en la Secretaría de Negocios Extranjeros, cuyo partido pacifista se impuso al comprobar que, en caso de estallar el conflicto, España no contaría con la colaboración francesa. España tuvo que aceptar en 1771 por la fuerza de los hechos la presencia inglesa en las islas, pero sin renunciar al derecho que le asistía sobre ellas. A los tres años de esta ocupación, los ingleses se desentendieron de aquella poco rentable colonia. Desde entonces, España mantuvo hasta 1811 un contingente en la isla oriental, a la que llamó isla de la Soledad, un bello nombre que podría restaurar Argentina al recuperarlas como heredera de los derechos de España, reclamados públicamente en 1820 por la nueva República, que llegó a tomar posesión de las islas hasta 1833, en que el gobierno inglés se apoderó de nuevo de ellas para, en 1851, establecer la actual colonia (6).

(6) GIL MUNILLA, Octavio: *Malvinas. El conflicto anglo-español de 1770*. Para un enfoque global, MUÑOZ AZPIRI, José Luis: *Historia general de las Malvinas*. Buenos Aires, 1966. PANDO VILLARROYA, J. L.: *Islas Malvinas*. Ed. Pando, Madrid, 1982.

La aparatosa ceremonia del bautizo de paso del Ecuador

El abad Pernetty, autor del libro sobre la expedición francesa a las Malvinas, declara que va a describir con sencillez la ceremonia del bautizo, lo cual, dice, no resta ningún mérito a la relación, cuya traducción literal ofrecemos a continuación. En el texto del abad se trasluce la agonía del antiguo sistema del bautizo por inmersión o cala, corroborada por la prohibición, cuatro años más tarde, por el Código marítimo sueco y poco después por la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, permitiendo, en cambio, el bautizo a base de derramar baldes de agua. En uno y otro caso se había de pagar por tributo un pote de vino a los veteranos, en lugar de la propina en metálico característica de la versión española de la ceremonia (7).

«Los patrones, contra maestres y marineros que han pasado ya la línea —escribe el abad— son los que se encargan de bautizar a todos los nuevos navegantes sin distinción de grados, sexo o calidad. Ellos nombran un presidente para la ceremonia, al que llaman “el Hombre Bueno de la Línea” (*Le Bonhomme de la Ligne*).

»Eran cerca de las siete —prosigue el relato—, y estábamos cenando cuando oímos restallar un látigo que nos anunciaba la llegada del correo del Hombre Bueno de la Línea; este correo era el cómitre, disfrazado para la ocasión. Golpeó la puerta de la cámara; se le preguntó quién llamaba. “Es —respondió— un enviado del Buen Hombre de la Línea, señor y presidente de estos parajes”. “Que se le abra”, ordenó M. de B. Se le abrió, el enviado puso pie a tierra, entró y su montura permaneció a la puerta. Esta montura estaba formada por dos marineros, unidos el uno al otro, andando a cuatro patas. El uno tenía sobre la cabeza una especie de lampazo o de escobón (8), para representar la cola de un caballo; el otro tenía también uno, para representar las crines, más una máscara de cartón figurando la cabeza de un caballo. Los arneses eran el pavés de un gran bote; esto es, una ancha franja de tela, sembrada de flores de lis azules.

»Una vez dentro, el enviado dirigió la palabra a nuestro comandante en estos términos: “El Presidente de estos parajes, el Hombre Bueno de la Línea, habiéndose enterado de que el bravo caballero de B., comandante de la fragata *L'Aigle*, había llegado, me ordenó venir a saludarle de su parte, testimoniándole la alegría que siente por su venida y entregarle una misiva, en la que sus sentimientos son fielmente expresados”.

(7) Véase el artículo «Bautismo del mar» en la *Enciclopedia General del Mar*, vol. 1, cols. 1196-7. El nombre muy repetido de M. de Bougainville se ofrece por sus siglas M. de B. En la nota 11 se explica la naturaleza de la «cala».

(8) En francés, *faubert*, cuyo significado explica en nota el autor como una especie de escobón compuesto de hilos de estopa tomados de viejas jarcias. Representa más o menos una gruesa y larga cola de caballo.

»M. de B. leyó la carta, que estaba concebida en estos términos:

“Bravo caballero:

Vuestras altas acciones han hecho muy célebre el nombre de Francia en el Canadá; vuestra reputación ha llegado a los parajes de mi dominio sobre las alas de la fama, y vuestro nombre está en tal veneración en el corazón de mis súbditos, que las doradas, los bonitos, los atunes y las marsopas, habiendo avistado la fragata L’Aigle que Vos comandáis, han venido en banda a anunciarme desde ayer vuestra llegada. Ellos han manifestado la alegría que vuestra llegada ha sembrado en sus corazones por los brincos y los saltos múltiples que han hecho al pasar junto a vuestro navío. Yo os envío este embajador para testimoniaros la mía; él vos entregará la presente, y yo mismo espero manifestaros mañana lo encantado que estoy de la visita que Vos me rendís.

[Firmado] Le Bonhomme de la Ligne”.

»En el lugar de la fecha se decía: “En el minuto 54 del primer grado de latitud, longitud 29 grados 3 min. de mi dominio septentrional, el 9 de noviembre del año 7763 de mi reino” (9).

»M. de B. dijo al enviado que él contaba con tener el honor de presentarse al día siguiente ante el *Bonhomme* y de ofrecerle su respuesta de viva voz. Ordenó que se le diese a beber una copa al correo y que se cuidase de su caballo: “Debe de estar bien, y que se le haga entrar; tengo curiosidad de verlo”. Se le introdujo, hizo cabriolas, pateó y relinchó. Como podía estar fatigado del viaje, se le presentó un vaso de vino, que bebió. El correo dijo entonces que su caballo tenía dos cabezas, una delante y otra detrás. Se ofreció otro vaso a esta última.

»En el momento de retirarse, el correo presentó de parte del *Bonhomme* un pájaro al comandante como testimonio de bienvenida del ilustre presidente de estos parajes. Se le tomó al principio como un pájaro artificial pero, picando con su pico, hizo ver que estaba lleno de vida. Era un pájaro de agua y la sorpresa que produjo fue grande.

»Terminada la cena, se subió al alcázar de popa, donde al son del tamboril, después al son de dos violones, se bailaron minués, contradanzas, etc., hasta retirarse más o menos a las diez.

»Todas estas ceremonias se realizaron la víspera como preludeo del bautismo. El mismo día de la fiesta se celebró con solemnidad, comenzando por disponer

(9) El *Bonhomme* fecha su carta en el año 7763 del comienzo de su reinado equinoccial, y en un párrafo inferior se presenta a sí mismo como un anciano de esa misma edad. Ello parece querer indicar que se le asimila al Demiurgo de Platón, que hubiera estado presente en el comienzo de la historia, cuyo año aproximado solían calcular algunos historiadores sumando la edad de los sucesivos profetas bíblicos en una interpretación literal de los datos ofrecidos por la Sagrada Escritura.

en el alcázar una bañera llena de agua de mar y unos cubos. Seguidamente, se tendió de cada lado de la cubierta de la nave una de esas cuerdas que sirven para lanzar al fondo y se llama la *línea*. Cerca de la escalera que baja a la cámara se colocó un banco cubierto del pavés, que había servido la víspera de caparazón de la montura del correo, disponiendo así una especie de trono para el Presidente de la Línea, su canciller y el vicario que debía administrar el bautismo.

»Acabados los preparativos, se batió un tamboril para reunir a todo el mundo sobre el alcázar. Reunido el pasaje, un portavoz preguntó desde la cofa mayor: “¿Cómo se llama la nave que yo veo ahí en mis parajes?” “Se llama *l'Aigle*”, respondió el capitán. “¿Quién la manda?” “El caballero de B.” “Estoy encantado; yo lo veré con placer en mi sociedad, con las ceremonias acostumbradas. Ayer recibí sus nuevas y le voy a mostrar mi satisfacción bajando a la nave con toda mi corte”.

»En ese instante apareció un marinero cubierto de un taparrabos y una piel de oveja con su lana, el rostro barnizado de rojo y de amarillo, un bonete sobre la cabeza coronada por dos cuernos de buey, salpicada por plumas de pavo y pollo; el pecho, los brazos, el vientre y las piernas iluminados igualmente de colores al temple, y el mentón cubierto de un gran mostacho. Este marinero, ataviado de esta forma, descendió de la cofa mayor, llevando a modo de cinturón una cadena de hierro. Iba precedido de seis grumetes desnudos, pintados de amarillo y rojo de los pies a la cabeza, unos en forma lisa y otros con bandas cruzadas a la manera de los salvajes.

»Llegados al alcázar, el marinero puso en fila a los seis y, al son del tamboril, les hizo bailar, por espacio de la mitad de un cuarto de hora colgados de la cuerda tendida. Después se acercaron a la bañera y el marinero les echó unos baldes de agua sobre sus cabezas.

»Entonces se anunció el descenso del Señor Presidente de la Línea con una lluvia de alubias blancas, arrojadas a guisa de peladillas desde la cofa (10). El *Bonhomme* descendió lenta y majestuosamente por la misma ruta. Su corte estaba compuesta por el segundo maestre, los contra maestres, el piloto y el cómitre [se omite la descripción de sus disfraces, por ser más o menos como la señalada antes]. Este último iba vestido de mujer y el *Bonhomme* lo trataba como su hija. Cerca se situaba el vicario, con vestimenta apropiada, rodeado de cuatro monaguillos con los aderezos para el bautismo.

(10) La permanencia de la lluvia de habichuelas está confirmada por la *Enciclopedia General del Mar*, pero en ella el protagonista de la parafernalia es el dios Neptuno, quien por megafonía pregunta por la identidad del buque y mediante un paje disfrazado remite al capitán o comandante de aquél una carta en la que le comunica que al día siguiente él tomará el mando del barco. Al día siguiente al paso, se presenta dicho dios del agua con su tridente, acompañado de un cortejo de tritones y nereidas, y de ángeles y demonios, para sentarse a una mesa a popa donde presidir el bautizo de los neófitos. Los demonios buscaban a los que se habían ocultado y a quienes se negaban a pagar el tributo a la tripulación, y los zambullían en la mar, amarrados a un cabo dado al motón de un penol; luego, con un rastrillo y navaja de maderase les peinaba y afeitaba en la tina del baldeo. En los grandes buques y trasatlánticos actuales la ceremonia se simplifica con un cena de gala y un baile de disfraces.

»Reunido ya todo el pasaje, el Presidente se dirigió al comandante:

»“Seáis bienvenido, caballero; excusadme de que no os haga grandes cumplimientos; tengo el pecho tan débil que apenas puedo hablar. No debéis sorprenderos de ello, pues tengo siete mil seiscientos sesenta y tres años. He encargado a mi secretario que escriba y a mi canciller que hable por mí. Yo he bajado de mi palacio expresamente para recibirlos en mi sociedad. Espero que no pongáis inconveniente en someteros a la ceremonia del bautizo, acostumbrada en estos parajes”.

»M. de B. tomó el escrito, lo leyó y aplaudió el parabién; saludó después a la hija del *Bonhomme*, y tras haberle felicitado de tener una hija tan bonita, se aproximó a la cuerda tendida. Los nuevos oficiales le acompañaron y el Presidente fue a sentarse sobre su empavesado trono, así como su hija y su canciller.

»Los oficiales ataron con una cinta roja el pulgar de la mano izquierda de M. de B. sobre la línea y nos situamos a continuación los señores de Neville, de Belcourt, Lhuillier y yo.

»Afectando aire grave y con un libro en la mano, el vicario se acercó a M. de B. acompañado de un monaguillo que llevaba un plato con una servilleta plegada para recibir el tributo que llaman *rescate*, pues en esta ceremonia se contentan con verter un poco de agua de mar sobre la cabeza de aquellos que pagan su rescate, en lugar de sumergirlos en el mar como cuando se aplicaba la cala. Ahora ya no se sumerge en el mar para administrar el bautismo, porque se ha pensado que esa ceremonia resulta muy peligrosa a causa de los tiburones que podrían rondar en torno a la nave y llevarse un muslo o un brazo de quien tuviese la desgracia de ser mordido, y se la ha sustituido por el uso de la bañera, sobre cuyo borde se hace sentarse al que no ha sido rescatado o al que se le quiere gastar una broma (11).

»El vicario se acercó a M. de B. y le dijo:

»“—¿Promete Vd. ser buen ciudadano y esforzarse a ello con la gente y no dejar holgadas a las jóvenes cada vez que se presente la ocasión?

”—Lo prometo.

”—¿Promete Vd. no acostarse nunca con la mujer de un marino?

”—Lo prometo.

(11) La repulsa por peligroso del antiguo uso de la inmersión, implícita en esta ceremonia, viene a ser un anticipo o inicio del rechazo de la cala en su forma antigua. En 1667, cuatro años después de estos autos, Carlos XI de Suecia prohibió en su Código marítimo zambullir a persona alguna, pero a cambio los neófitos debían entregar a la marinería, según el rescate tradicional, un pote de vino. A los pasajeros, por el contrario, los eximía de entregar gratificación alguna. La Compañía Holandesa de las Indias Orientales extendió a sus buques esta disposición del código sueco, lo cual tiene una explicación más lógica, pues ellos empleaban la llamada «cala mayor», que consistía en hacer pasar al ladrón, al blasfemo o al que incitaba a la revuelta, de un borde a otro por debajo de la quilla. El abad Permetty explica en una larga nota en las páginas 117 y 118 cómo se solían efectuar las diversas formas de la cala.

”—¿Promete Vd. hacer cumplir los mismos compromisos y emplear las mismas ceremonias con aquellos que no hubiesen pasado la línea cuando ellos se encuentren con Vd.?

”—Lo prometo.

”—Ponga, pues, la mano sobre este libro sagrado como testimonio de vuestro compromiso”.

»M. de B. tocó una estampa que representaba a un genio y a una muchacha que se besaban tiernamente. Al pie de esta estampa estaba escrito: “*Quis mihi det te fratrem meum sugentem ubera matris meae, et inveniam te foras, et deosculer te*” (Cántico de los Cánticos, cap. 8) (12).

»El vicario se dirigió al Presidente para darle cuenta de los compromisos de M. de B.; y el *Bonhomme* respondió: “*Dignus est intrare in nostro docto corpore; admittatur*”. Entonces el vicario volvió donde M. de B. y le dijo: “El Presidente de la Línea os juzga digno de ser admitido en la sociedad de la que él es el jefe y me ha encargado recibirle por la administración de su bautismo. ¿Cómo os llamáis?” “Luis”, respondió M. de B. “Pues bien: *Ego, nomine Reverendissimi Domini, Domini et Serenissimi Praesidentis Aequatoris, te, Ludovice, admito in societe ejus*”. Pronunciando estas palabras, le derramó sobre la cabeza algunas gotas de agua de mar. Se desató el dedo de M. de B., puso monedas bajo la servilleta del plato, se le retiró el bastón de mando y el vicario le incensó. El vicario procedió a realizar con M. de Nerville las mismas ceremonias, y así sucesivamente con los otros pasajeros y oficiales.

»Al llegar a un guardiamarina, sujeto bastante malo y odiado de todo el mundo, el vicario le dijo que el Presidente ordenaba que debía ser recibido con todas las ceremonias al uso. Por ello le puso el extremo de la estola sobre la cabeza, murmuró algunas palabras y le hizo besar dicha estola, pintada al óleo. Se le separó de la línea y se hizo que se sentara en un palo puesto transversalmente sobre la bañera, e inmediatamente cayó al agua. En la bañera habían colocado un lazo de manera que, cuando el catecúmeno cayó, se vio cogido por el medio del cuerpo y sujeto sin poder desembarazarse. Se aprovechó esta situación para embadurnarle el rostro de negro y rojo. Se le arrojaron por lo menos cinco o seis baldes de agua, y se le dejó ir.

»Vinieron luego dos muchachas acadianas y el vicario les preguntó con aire ingenuo que si eran doncellas. Ellas respondieron: “sí”. “¿Prometéis —añadió el vicario— no faltar a la fe conyugale si esposáis a un marino?” Hecha la promesa, las bautizó más o menos como a nosotros. La hermana de esta señora se había ocultado para no pasar por esta ceremonia. La encontraron y quisieron obligarla a venir a recibir el bautismo; mas el vicario advirtió que había razones para que no se expusiese al bautismo de agua, y le dijo que se contentaría con ponerle una señal en el rostro. Ella se presentó y él mantuvo su palabra. Dos mujeres casadas no fueron bautizadas porque sus niños de

(12) «¡Ah, si tú fueras, hermano mío, amamantado a los pechos de mi madre! Al encontrarte en la calle te besaría». Cantar de los Cantares, cap. 8, v. 1 (cita tomada de la versión bíblica de Ediciones Paulinas).

corta edad, a los que ellas no podían abandonar, darían gritos por el miedo que les infundirían las figuras grotescas de la gente del cortejo del Presidente de la Línea.

»Algunos pasajeros fueron después bautizados y embadurnados de rojo y negro, pero no se les puso sobre la bañera porque, habiendo comenzado a arrojar algunos baldes de agua sobre los bautizados, éstos en revancha los echaron sobre los marineros. Los que habían sido empapados, quisieron empapar a los otros. El desorden aumentó y todos los que se encontraban en el alcázar quedaron tan mojados como si se les hubiese arrojado al mar. Así acaba ordinariamente esta farsa y se es muy feliz cuando se la esquivaba con dinero o con algunos baldes de agua».

Bibliografía

Se reseñan obras complementarias de las citadas en notas:

BONNAULT, Cl. de: *Histoire du Canada français*. Presse Universitaire de France, París, 1950 (Colonies et Empires). Comprende el período iniciado hacia el año 1524 con las primeras expediciones coloniales hasta llegar al Pacífico, en medio de continuos enfrentamientos con los ingleses, y terminar en la Paz de París.

BOUGAINVILLE, Louis-Antoine: *Voyage autour du monde*. París, 1771. Relato personal del primer navegante francés que dio la vuelta al mundo, acompañado de naturalistas y científicos, cuyas observaciones describe. Contribuyó a divulgar la opinión de la dignidad del hombre en su estado natural, concepto de indudable arraigo en la Francia de aquellos días.

Encyclopaedia Britannica. Voces «Bougainville» y «Falkland Islands». En la segunda voz se dice que la primera persona que vio dichas islas pudo haber sido el navegante inglés John Davis en 1592 en su viaje a los Mares del Sur. La *Enciclopedia Espasa* admite esta posibilidad, aunque refiere que Davis no les dio nombre.

HIDALGO NIETO, Manuel: *La cuestión de las Malvinas*. Madrid, 1947. Una aportación española, anterior a la llamada guerra de las Malvinas, de las Falkland o del Atlántico Sur, que provocó una amplia serie de publicaciones.

LAUVRIÈRE, Emile: *La tragedie d'un peuple. Histoire du peuple acadien*. 2 vols. París, 1924. Estudia los antecedentes y la repatriación de los colonos franceses del Canadá, parte de los cuales fueron a emigrar a las Malvinas con Bougainville, de donde tuvieron que regresar enseguida a la metrópoli.

MUÑOZ AZPIRI, José Luis: *Historia general de las Malvinas*, 3 vols. Buenos Aires, 1966. Obra importante no tanto por su volumen, sino por su carácter documentado, objetivo e ilustrado.

PERNETTY, Dom: *Histoire d'un voyage aux Isles Malouines, fait en 1763 et 1764; avec des observations sur le détroit de Magellan, et sur les Patagons. Nouvelle édition*. 2 vols. París, 1770. El interés de esta obra va más allá de lo

que expresa el título. Sus dos densos volúmenes no se detienen sólo en observaciones náuticas, geográficas o antropológicas, sino que también muestran interés por las ciencias de la naturaleza.

LA RONCIÈRE, Ch. de y CLERC RAMPAL, G.: *Histoire de la Marine française*. París 1934. Una visión general de la Marina francesa que destaca el papel desempeñado en ella por Bougainville.

TORRE REVELLO, José: *Bibliografía de las Islas Malvinas. Obras, mapas y documentos*. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1953. Exhaustiva recopilación de 271 páginas de toda clase de documentos relativos al tema a cargo del conocido y autorizado historiador argentino.